III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco, 1998.

Zapatos y Deseo Mimético entre los Huilliches de San Juan de la Costa.

Rolf Foerster G.

Cita:

Rolf Foerster G. (1998). *Zapatos y Deseo Mimético entre los Huilliches de San Juan de la Costa*. III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Temuco.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iii.congreso.chileno.de.antropologia/29>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evbr/Mwu>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

que aglutine a su población y represente sus demandas (El Consejo Nacional Aymara) no contradice el análisis anterior, puesto como se sabe obedeció más a razones estratégicas que una necesidad generada por las bases, aun cuando a su constitución concurrían más allá de quinientas personas.

Corolario.

No se debiera interpretar que la creación de la Ley indígena posibilitó la crisis del movimiento aymara en Chile. Nuestra lectura de los hechos actuales, nos confirma nuestras prevenciones y temores. Las organizaciones aymaras se quedaron dormidas pensando que con la llegada de la Ley indígena y la creación de la CONADI, la solución de los problemas indígenas estaba casi garantizada. La mayoría se equivocó al pensar que la CONADI pugnaría siempre a favor de los indígenas, e inclusive potenciaría la organización civil aymara. El error ha estado en guardar

las banderas, olvidar las demandas y en desestimar las antiguas propuestas.

No obstante, las recientes reuniones, la constitución de comités de defensa de los recursos hídricos (Chuzmiza, Río Lauca) y el análisis descarnado de la realidad están dando señales de recuperación de la conciencia del pueblo aymara.

Bibliografía utilizada

González, Héctor y Gavilán, Vivian. Etnia, cultura e identidad aymara Taller de Estudios Aymaras documento de trabajo N° 2 Arica 1989.

González, Héctor y Gundermann, Hans. Organizaciones aymaras, identidad étnica e integración. En La integración Surandina Cinco Siglos después. Albó y otros compiladores. Corporación Norte Grande Arica-Chile. Universidad Católica del Norte. Antofagasta-Chile Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas. Cuzco-Perú.

Kessel, Juan van. ¿Renace el Aymara en Chile? En Nütram N° 3, Santiago 1990.

*Zapatos y Deseo Mimético entre los Huilliches de San Juan de la Costa..***

Rolf Foerster G.*

"Siempre andan descalzos.

Excepto en sus días de fiesta

en que algunos se han visto con sandalias.

Y no obstante creer en algunos hechos sobrenaturales vemos con admiración que ignoran el uso de los zapatos"

("De Chilensibus", poema de Bernardo Colipán que relee la crónica de Georges Marcgravius, Historia Rerum Naturalium Brasiliae de 1648).

"...en las escuelas eran mal mirados los niños de raza mapuche"

(Viviana Lemuy).

Introducción

Desde hace unos dos años optamos por encarar el tema de la identidad mapuche huilliche desde un nuevo lugar: la memoria (y el olvido). La memoria es inseparable de una cierta narrativa, las narro-memorias que hemos abordado son cuatro: la mítica, la política, la poética y la autobiográfica. El trabajo que ha continuación presentamos se refiere a una de estas narro-memorias. Los zapatos tienen un lugar destacado en las autobiografías mapuche-huilliche recopiladas en 1986 en la obra **Vida y palabra campesina** (Tomo V)⁽¹⁾. Nuestro interés es comprender dicha presencia. El zapato es una metáfora, que tiene como función ser una señal de la

**Este trabajo forma parte del proyecto Fondecyt 1970905: "Memoria colectiva e identidad entre los huilliches". Agradesco a Sonia Montecino y a Jorge Ivan Vergara sus valiosos comentarios.

*Universidad de Chile. Departamento de Antropología

⁽¹⁾Las instituciones convocantes fueron: Área Pastoral de la Conferencia Episcopal de Chile; Comisión Nacional Campesina (CNC) y la Confederación Nacional de Cooperativas Campesinas (CAMPOCOOP). Las instituciones que organizaron fueron: Grupo de Investigaciones Agrarias (GIA) y la Academia de Humanismo Cristiano.

memoria, de un corte, de un antes y un después. Ese lugar estratégico es porque ellos representan una suerte de "fetiche" que articula haces de relaciones que sirven para pensar los efectos del deseo mimético.

Pasado y presente.

Celinda Naguil (46 años) cuenta como sus abuelos se vestían, destaca especialmente cómo su abuela andaba "siempre" sin zapatos y cómo su abuelo usaba ojotas. La valoración es positiva, así era (en) el pasado:

"El vestuario que usaba mi abuelita. El vestido negro ella misma lo tejía en telar rústico. Tenía el hilado con barba de palo, con la cáscara del radal. Se amarraba su cintura con una fajita angosta. Siempre andaba descalza. Así toda la familia vestía blusa mangas largas. Mi abuelo vestía pantalones de (...), ojotas; tocaba la guitarra, sembraba trigo, se trillaba a yegua" (pág.:311).

¿Cómo eran esas ojotas? La respuesta la encontramos en el relato biográfico de Filomena Maripán (de la comunidad de Choroy-Traiguén), allí señala que "Los mapuches se colocaban dos pares de media para usar ojotas. Las ojotas eran de cuero animal. El cuero de animal lo secaban cuando faenaban un animal vacuno, lo descueraban y el cuero lo estacaban con varas y lo dejaban secar; y, una vez ya seco cortaban sus ojotas y a la medida de sus pies y le colocaban unas correas delgadas y las pasaban por las orillas y le hacían unos hoyitos en la parte de adelante de la punta y le pasaban la correa cruzada y lo amarraban en la parte de arriba del tobillo" (relato editado por Eugenio Alcamán, pág.:1). Lamentablemente no podemos resolver el enigma si era normal que sólo los hombres usaran ojotas mientras las mujeres andaban descalzas. De todos modos parece ser que las mujeres, como los niños, andaban a "pata pelada"⁽²⁾. El testimonio de Adela Aucapán confirma, en parte, esta suposición:

"...yo estaba en el colegio, en la misión de San Juan de la Costa estuve dos años, añera y pagué mis estudios con mi trabajo. Porque yo trabajaba, era chanchera, andaba en el huerto y enseguida estudiaba, eso se llama añera porque yo no salía, dos años yo no venía a mi casa, hasta que cumplí dos años de preparación de estudio, nada más, porque era pobre, a patita pelá, yo no merecí zapatos, conocí zapatos hasta cuando fui mujer, ya pude ganar mis pesos y ahí me puse zapatos,

así fue la crianza de nosotros".

El texto de Miguel Neicuán Herrera (48 años) nos aclara, por otro lado, el momento en que un hombre se ponía sus primeras ojotas:

"Yo me crié descalzo a los 15 años puse lo que los campesinos llamaban ojotas, en cuanto a estudio, estuve en una escuelita y todo el tiempo que estuve en ella, lo pasé descalzo, mis pies más de las veces solían estar con heridas a causa de las espinas y machucones, ellas solían sufrir de frío y de las lluvias en el invierno..." (pág.:270).

Al parecer entonces la ojotas están asociadas a una edad que marca un tránsito (de joven a hombre) el que es homóloga al trabajo "campesino" (posiblemente fuera del predio familiar). Esto es semejante a la afirmación de Adela "conocía zapatos hasta cuando fui mujer".

Pero volvamos al testimonio de Adela Aucapán, él nos da las primeras pistas de significación (negativa) sobre los zapatos: si en el pasado los pies desnudos era una señal de lo propio, ahora la ausencia de zapatos es signo de pobreza, siendo la pobreza problematizada como dolor y sufrimiento. Otra pista es la relación de los zapatos con el "trabajo" y el dinero. Los dos campos de significación se dan en un espacio público y de encuentro: la escuela y la ciudad.

Vamos por parte. La anciana Sara Ríos Huenchual (73 años) escribe:

"Mis estudios fueron en el colegio de monjas en San Pablo. Mi prima Clara en tercero, la Rosa en segundo y yo en primera preparatoria. Ibamos descalza(s), los zapatos no los conocíamos, ay - ay por la escarcha de la mañana. Viento y agua y barro. Para el almuerzo llevábamos un pedazo de tortilla..." (pág.:4).

El frío y la escarcha de los crudos días de invierno son recordados por esa ausencia. José Virginio Iñil Ñangue (71 años) rememora esa etapa en un tiempo preciso, el escolar. Momento que obliga a todo sujeto abandonar el espacio familiar:

"A la edad de doce años ingrese a la "Escuela de Sociedad" así se llamaba en aquel entonces. El profesor Juan José Panguinamún se puso de acuerdo con el cacique Félix Coliao de Panguimapu, se solicitó permiso a la Gobernación con una nómina de un número determinado de alumnos, de la cual se informó al Juez de subdelegación, don Efraín Peters. En dicha escuela

⁽²⁾En la tesis doctoral de Jorge I. Vergara (*La frontera étnica del Leviatán*, Berlín, 1998) hay un grabado de R.A. Philippi, fechado en 1870, donde aparecen dos hombres (uno de ellos posiblemente un cacique) y dos mujeres huilliches: todos andan descalzos (el grabado esta entre las páginas 100-101).

estuve dos temporadas. En esos tiempos los niños campesinos no nos poníamos zapatos y los pantalones cortos arriba de las rodillas; y con unas heladas que parecen agujas. La casa que llamábamos escuela no tenía ni piso ni forro" (pág.:22-23).

Más joven que José Virgilio Iñil es Juan José Maripán, su texto nos señala que esa experiencia escolar era vivida por un grupo discreto:

"...apenas podíamos ir a la escuela porque no teníamos con qué protegernos del frío, la lluvia, porque ni siquiera conocíamos los zapatos, a patita pelada teníamos que ir todos (los) días, a veces llorando de frío, ni tampoco teníamos ropitas buenas con que cubrimos y esto también otros compañeros sufrían estas mismas consecuencias de la vida del pobre" (pág.:447).

Viviana Lemuy (54 años) describe una situación semejante, pero añade no sólo la distancia precisa entre la casa y la escuela, sino que también una excusa sobre por qué no pudo seguir estudiando:

"...como eran tantos los problemas y dificultades que yo tenía en mi hogar sólo estudie tres años y curse hasta 4to. año básico. Teníamos que caminar diariamente 16 kilómetros ida y vuelta de la casa a la escuela; no teníamos buen ropa, andábamos descalzos. En la escuela no daban alimentación escolar" (pág.:148).

La escuela aparece con una fuerza enorme por ser el primer lugar donde el sujeto es mirado, observado y valorado por un otro extraño. Américo Nullao Ancapichun (26 años) testimonia:

"Era más o menos la escuelita... y además ahí había estos chilotitos, ahora que le decimos los huincas, los blancos. Esos se reían de uno porque lo veían un poco de malos trapos y siempre le faltaban los útiles para escribir y tenía que estar pidiéndoles y se los prestaban y le decían ahí indios y a mí cuando me decían indios me sentía morir, me daba rabia, y ahí me quedaba. No era tanto quizá porque uno sea indio le decían esas cuestiones, pero lo que más me daba rabia es que era pobre, me faltaban los zapatos..." (pág.:517).

Pero no es sólo en la escuela donde uno es observado (descalzo) también lo es en otros espacios públicos de encuentro: el fundo, la ciudad. Ser mirado por el otro y mirar al otro forma parte de los procesos de la mimesis. El testimonio autobiográfico de Francisca Guala Cañulef (60 años) nos alerta cómo los zapatos se transforman en un ícono de una distinción, de una diferencia entre un yo y un otro:

"Mi padre fue de familia pobre. A mi padre nunca le alcanzó para comprarse un par de zapatos, toda la vida usó ojotas; mi madre sólo se ponía zapatos cuando iba

a la misa, ya que era la única parte donde ella iba.

Durante toda nuestra infancia y parte de nuestra adolescencia mis hermanas y yo, no nos vestíamos con géneros comprados en la ciudad, sino que nos vestíamos con lana de oveja, telas tejidas en telares rústicos llamados bayetas, y nuestras prendas interiores eran confeccionadas con telas de bolsas harineras.

Por esta manera de vestirnos, nos sentíamos humilladas delante de la gente. Zapatos usábamos sólo para ir a la misa. No conocía la ciudad ni los vehículos hasta cuando tuve la edad de 16 años. Por la manera de vivir, tenía miedo y vergüenza a los señores que vestían muy bien y tenían dinero; me daba cuenta que aquellos miraban muy en menos a los pobres indios" (pág.:104).

El sujeto descubre en la escuela una ausencia, una carencia: la pobreza que se condensa en no tener zapatos. Pero no se trata de cualquier pobreza, lo que falta es algo que otro tiene, y eso otro que tiene (zapato) es el huinca. Zulema del Carmen Quiaimán Cañocar (47 años) no duda entonces de colocar los zapatos al lado de otros objetos "no propios":

"En esos años uno no se colocaba zapatos, me crié a pata pelá y, esa vez no había radio, ni estufa, había que estar a puro fogón. Mi vida fue muy sufrida" (pág.:279).

No obstante, también se sabe que los zapatos son un bien que se transa en el mercado. El zapato se transforma ahora en una medida y por ello en una suerte de moneda. Evaristo Segundo Naguil Huaiquihuena (54 años) escribe:

"Cuando comencé a trabajar ganaba \$ 3 al día y trabajé 7 días y salí ganando \$ 21, con los cuales me compré mis primeros zapatos de mi vida, que con mi esfuerzo me los gané. También me compré una camisa y un pantalón" (pág.:179).

Adela Aucapán recuerda su primer trabajo en Osorno y cómo su sueldo fue medido por ese objeto:

"...me fui a trabajar a Osorno. Estuve arriba, en la calle del regimiento, como tres cuadras abajito por la calle O'Higgins. Estuve trabajando con una patrona, un caballero que era periodista, se llamaba Andrés Valenzuela, y ella se llamaba Franquelina Jaramillo. Ahí ganaba 100 pesos al mes. Era poco porque me alcanzaba únicamente para un par de zapatos no más".

El dinero para los zapatos hay que obtenerlo, y éste no proviene de la venta interna de algún bien familiar, sino de un salario: hay que trabajar en los fundos, los hombres, o en la ciudad como empleadas domésticas las mujeres.

Juan José Maripán (años ?) relata:

"Cuando ya fui hombre de unos 16 años ya pude vestirme solo, ya con mi trabajo, entonces conocí el primer par de

zapatos" (pág.:447).

Y la señora Huaiquilef Triuga (35 años) nos cuenta que: *"Un día conseguí permiso para salir a trabajar de empleada doméstica para recibir un sueldo y vestirme, lo principal eran los zapatos, a los 18 años vine a ponerme zapatos estable"* (pág.:458).

Terminemos la serie de testimonios autobiográficos con Rubén Rauque Paisil (36 años). El describe la precariedad de su orden familiar, siempre al borde la pobreza, y cuya imagen en la siguiente:

"...mi padre se fue cayendo al trago y se fue descontrolando, yo no tenía zapatos, pero esto en esos años no importaba mucho, en la escuela casi todos andábamos descalzos entre niños y niñas" (pág.:436).

Tener o no tener zapatos, ser mirado por los otros con o sin zapatos, tener la certeza de que siempre se va a contar con los medios para tener un par de zapatos: esto es sin duda uno de los dramas presente en las autobiografías huilliches. El zapato aparece, entonces, como una necesidad que emerge de una relación con el otro, deseo lo que el otro tiene porque ese otro me define como un "patí pelado". Pero ¿por qué los zapatos y no otro bien ocupa el lugar del objeto en el deseo triangular? Esta es una respuesta no fácil de responder. Intentemos una aproximación.

1. Los zapatos aparecen como una realidad (necesidad) en un espacio público de encuentro entre mapuches, chilotos y huincas: la escuela, el fundo, la ciudad. Es en esos lugares donde los mapuche-huilliches son observados por los otros (/nosotros).

2. En el vestir no hay grandes diferencias entre huincas y mapuches (en las escuelas) excepto en un punto: la desnudez de los pies.

3. La sociedad hispano-criolla ha hecho de los zapatos un signo (símbolo) de la pobreza: un patí pelado está más degradado socialmente que un "roto". De allí que los niños que han ido sin zapatos son observados y calificados por aquellos que los tienen como pobres. Los "sin zapatos" aceptan la distinción y desde ese momento ellos tienen frío y dolor en sus pies.

4. Los zapatos posiblemente ponen de manifiesto el momento en que determinados sectores de la sociedad huilliche comenzaron a observarse y a desear desde el espejo huinca. Las autobiografías recuerdan ese momento preciso en que el yo huilliche se hizo inseparable en su auto-comprensión de los "pre-juicios" del otro.

5. Los zapatos son un modo de tematizar "la" diferencia con el otro, de problematizar las fronteras étno-nacionales.

El cuento de La Cenicienta (ver Anexo), narrado por Adela Aucapán, puede aquí ayudarnos a tener una visión global. Cenicienta es la más pobre entre las pobres, vive degradada por su madrastra y sus hijas (sin oposición de su padre), sus labores son la de la cocina y del cuidado de los animales. Logra gracias a la ayuda de un anciano -posiblemente la divinidad mediadora: Huenteeo- una varita mágica. Escuchemos a Adela como relata la parte final del cuento:

"Y un día se fue la vieja a misa. Era mísera. Se fue con su hija, se vistieron bien se arreglaron y a ella le dijeron que tenía que tener toda la comida preparada para cuando ellos lleguen. Esta bien, lo voy a hacer, porque ella sabía hacer comida. Salieron todos, una cierta distancia, sería lejos, la Misión [se trata de la Misión de San Juan de la Costa]. Entonces ella dejó hecha todas sus cosas y dijo "yo también tengo derecho ir a misa". "Varillita de virtud, que le dijo, que Dios me ha dado me presente el mejor coche, con dos tripulantes y las mejores ropas y zapatillas". Así que en cinco minutos ella se vistió, se puso unas zapatillas con un enorme taco. La María se fue en coche a Misa. "Putá llegó una mina más elegante", entró a la iglesia se alumbró toda la iglesia y todos mirando, "pucha la mina buena", decían, "pucha la mina buena", decían, "de adonde vendría". Y su gente estaban afuera en el coche. En una de esas la chica, cuando ya se estaba terminando la misa, la chica partió y en es que va subiendo el coche se le cayó un zapato. Y un rico va y se pesca el zapato y el dijo que tenía que encontrar a esa mujer que se le cayó el zapato y que se veía tan linda".

El zapato aparece como el objeto --fetiche: es la única prenda descrita con cierto detalle "una zapatillas con un enorme taco"-- capaz de transformar a una pobre niña, no deseada por nadie, en un "objeto" deseado por todos. Los zapatos hacen posible la circulación universal del deseo, en otras palabras, la presencia de los zapatos borra toda diferencia. No obstante, hay un deseo que predomina sobre todos los otros: el rico también la desea y sólo él puede "pesca el zapato".

Si la varita mágica hizo posible "el" zapato, ahora es el mercado el que lo pone a disposición de todos(as). El mercado hace posible la utopía de "todas íbamos a ser reinas". Con ello todo el sistema de diferencias comienza a desmoronarse. Adela Aucapán percibe esta realidad emergente como un caos y cuyo emblema son los futuros "zapatos de oro":

"La jaiva estaba amontonada ahí, uno llegaba, miraba la piedra, vamos sacando jaivas para fuera, canastadas, erizos, ahora, ¿por qué no buscan erizos? ¿por qué no

va a haber una jaiva? porque todo se está terminando..., todo se está terminando, después nosotros no vamos tener qué comer, no vamos a tener nada, vamos a tener la plata amontonada, vamos a andar con zapatos de oro, de todo, y nosotros no vamos a tener qué comer"⁽³⁾.

El zapato de oro, el fetiche, circula de tal manera que concluye en una acumulación sin sentido ya que no permite comprar nada. Adela comprende que el deseo por el Otro es fatal.

En **síntesis** los zapatos han sido un referente crucial en la vida de los huilliches, ellos funcionan tanto cómo metáfora como fetiche. Como metáfora les permite pensar -establecer los cortes necesarios en el texto autobiográfico-, como fetiche se encarna como el objeto del deseo triangular.

Anexo

María Cenicienta.

Contado por Adela Aucapán.

"Mi mama nos conversó un tiempo a nosotros que había una niña pobre, era una viuda, un viudo que se junto con otra señora. Entonces la otra señora tenía una hija y él tenía una hija y se llamaba María la chica. Entonces, la vieja, mala madrastra, no quería ver nunca. El papa le dio las ovejas, porque ella iba a buscar a las ovejas, las iba a dejar y las cuidaba, entonces ella llegaba y le tiraban su platito de comida, comía, ella dormía en la cocina.

Y la vieja tanto odio le tenía que le dijo: "tu eres una tremenda mujer, tu tení que saber hilar", que le dijo, "ya te voy a dar una bolsada de lana y en la tarde tendrás que tenerme el hilado". Le dio el huso a la chica, con tortera y para que le traiga la usada de hilada en la tarde.

Y la chica se crió un corderito, muy engreido lo crió ella, chiquita crió su corderito, se crió su corderito y se iba ella con su cordero jugando, jugando con su cordero y ella en ese momento no se fue nada jugando, ella se fue llorando, porque ella no sabía hilar. Entonces tanto sería su llanto que tuvo ella, dicen, mi mama, que se sentó aquí detrás de una mata y su corderito se hecho al lado y ahí que le dijo su corderito: "María ¿por qué lloras tanto?" Ahí que dijo ella a su corderito "porque no voy a llorar cuando mi tía me dio esta lana y yo no la se hilar".

"No se te de nada María" -que le dijo- yo lo voy hacer por ti, extiéndeme la lana y yo lo voy a comer. Y tu que me lo recibes a tras con el huso", el corderito se hilo toda la lana, pero antes de las 12, en seguida el corderito se levantó, se puso a comer y se quedó allí, y ella más que

tonta que había hecho su hilado no hallaba la hora de llegar a la casa, claro, si que se fue, ya fue tarde, todavía quedaba sol, pescó todas sus ovejas y las rodeó y las llevó, contenta. "A no vez que le dijo la vieja -cuando hizo llegar su hilado y encerró su oveja- no vez que sabías trabajar, andas de pura floja -que le dijo- en la pampa pelando tu culo y porque no me haces el trabajo".

Ahora, al otro día le dio dos husadas más. También lo hizo el corderito, ahora que la chica avanza tanto, la vieja se fue tras la niña a ver como hilada y por qué avanzaba tanto, y va ella y estaban detrás de un arbolito chico, que era ramudo de allí para acá y estaban sentado de tras, la vieja se fue a verlas a la chica que estaba haciendo, y justamente que el corderito estaba comiendo la lana y ella revolviéndola en el huso.

Ya eso no más quería ver la vieja, partió la vieja para su casa, la vieja bruja. Se fue la vieja y su marido no estaba na'. Al otro día que estaba enferma, que estaba grave, huy que enferma que estaba, Dios. Y ahí que llegó el viejo huevón, que le dijo "estas enferma vieja". Si que le dijo, "tengo el deseo de comer el cordero de la María", pero que hay hartos corderos pu vieja, que le dijo. No no, que le dijo, quiero comer el cordero de la María, enferma, que estaba con un trapo blanco la vieja, así que llegó la pobrecita ahí que se fue el caballero que le dijo hijita -que le dijo- porque no me prestas el corderito para matarlo porque la vieja quiere comer el cordero, y ella que llorando que le dijo, te devuelvo tu cordero hijita, y ella llorando que le dijo, bueno.

Pu' la vieja cuando pescaron el cordero, ya lo mataron la vieja se levantó, puta para comer el cordero de la María. Le puso María Cenicienta porque la chica dormía en las cenizas, entonces al otro día la chica se levantaba blanqueando en cenizas, no ve ella tenía a su chica la tenía engreida, dormía en cama y ella la pobrecita dormía. El papá no hacía juicio a su chica, la tenía botada como una perra.

Ya ahora que le dijo: "te vas a quedar que le dijo, vas a tenerme que ir a lavar las tripas del cordero. La vieja que cortó todas las tripas del cordero y las contó y las vas a lavar que le dijo y Dios te libre que si me pierdes una tripa, porque van contadas". Así que la chica tanto llorar, no sólo se había perdido una tripa, se le habían perdido varias. Ahora ella se fue llorando como un consuelo todavía tenía que subir una cuesta, llorando que iba ella, que de repente que encontró un abuelito. Le dijo el abuelito: "Buenos días hijita", "buenos días abuelito" que

⁽³⁾Una correlación con el mito del Shene Huinca: sólo él tiene dientes de oro (discreto), ahora todos tienen zapatos de oro (continuidad).

le dijo, "porque llorai tanto hijita". "Como es que no voy a llorar abuelo, cuando tenía mi corderito tan engreido y mi madrastra quiso que yo mate a mi corderito y ahora me mando a lavar las tripas y ahora yo perdí una tripa, porque ella me dijo que Dios me libre si yo pierdo una tripa". Entonces que ellas se condeno llorando, y el le dijo "hijita que no llores, mira límpiame bien los ojitos". El viejo era lagañoso, era puras lagañas. La María que tenía un pañuelo mugrientito, le limpió bien los ojitos al viejito, bien limpiecito. Entonces que le dijo "todavía no veo bien hijita", que el dijo. La niña le escupio el pañuelo, saliva, y le puso en su vista. "Ya -le dijo- vamos, voy a ir a buscar la tripa, hijita".

Se fueron, claro que la chica no había botado una tripa llorando no se había dado cuenta po, hartas tripas que se habían ido. El viejo que llegó y le dijo: "aquí están hijita, ahora no te van a pegar, ahora van a estar contenta". Ella se fue contenta, "mire hijita que le dijo, llevo él y le dio una varillita, esta varillita hijita guárdela muy bien, esta varillita lo que tu le pidas, esta varillita le va a dar hijita". Ella puso su varillita en su delantal. Y ahora cuando cante el gallo miras pa'arriba, cuando rebuzne el burro miras pa'abajo, cuando vuele el pavo miras pa'lado. Tres preguntas que le hizo, y ella cuando cantaba el gallo miraba para arriba y en una de esas le cayó una estrella de oro aquí en la frente, entonces ella llegó y se pegó, y su pañuelito que sería grande y llegó se amarró...

Cuando llegó la vieja: "la María que llegó hasta con dolor de cabeza, hasta la cabeza se amarró", así es que le dijo la vieja culiada. Así es que ya. Puta así que contenta y feliz ella calladita no más así que un buen día que la vieja ya no quiso que la niña vaya con las ovejas, claro que la chica iba a dejar las ovejas y volvía a trabajar. Y un día se fue la vieja a misa. Era misera. Se fue con su hija, se vistieron bien se arreglaron y ella le dijeron que tenía que tener toda la comida preparada para cuando ellos lleguen. Esta bien, lo voy a hacer, porque ella sabía hacer comida. Salieron todos, una cierta distancia, sería lejos la misión. Entonces ella dejo hecha todas sus cosas y dijo yo también tengo derecho ir a misa. Varillita de virtud, que le dijo, que Dios me ha dado me presente el mejor coche, con dos tripulantes y las mejores ropas y zapatillas. Así que en cinco minutos ella se vistió, se puso una zapatillas con un enorme taco. La María se fue en coche a Misa. Puta llevo una mina más elegante, entró a la iglesia se alumbró toda la iglesia y todos mirando, pucha la mina buena decían, pucha la mina buena decían, de adonde vendría. Y su gente estaban afuera en el coche. En una de esas la chica, cuando ya se estaba

terminando la misa, la chica partió y en es que va subiendo el coche se le cayó un zapato. Y un rico va y se pesca el zapato y el dijo que tenía que encontrar a esa mujer que se le cayó el zapato y que se veía tan linda.

Cuando llegó la vieja a la casa la María estaba con su ropa toda murienta. La María nunca había conocido zapato y ninguna cosa, estaba tranquila, tenía todas sus cosas hechas. En una de esa la vieja estaba conversando que dijo: "llegó una bella tan linda a la iglesia, a donde estará esa niña, no la conocía y una le guardó el zapato". Y ella toda esa conversación ella escuchando.

Y buen día que la vieja dijo "Y esta se va a morir con este pañuelo en la cabeza que le dijo". Llego la vieja y le tira el pañuelo. La vieja se cae de espalda, ella era, la niña.

Ahora trató de hacer lo mismo con su hija, y a ella le cayó un moco de pavo, claro. Cuando llegó el príncipe donde debía llegar, la única casa que quedaba y la niña tenía un perrito y sabe lo que hizo. Tenía una alteza tan grande como esta, entonces la vieja va y puso la niña debajo de la alteza y el perrito quedó ahí, llegó el, claro, está la que no más tengo, dijo la vieja, no tengo ninguna hija más, esta no más entonces le prueban el zapato, que andaban dejando a toda la gente invalida, ese hombre, todos invalidos. Y el perrito que "gua, gua" y la señorita debajo de la alteza. Ese perro está lezo, que va a estar lezo señora, que le dijo. Entonces va y levanta la alteza, justamente ahí estaba la niña, con su estrella de oro, va y le puso su zapato, claro, la niña, ese fue su marido, se casó bien casada y la vieja por testimoniera quedo con si hija como moco de pavo. Bonita como dejó a su hija. Esa fue una prueba, porque ella cuando le dijo el viejito le dijo que ella mire pa'arriba ella miró para abajo, cuando rebuzno el burro ella miro pa'arriba y cuando volo el pavo ella miro pa'abajo y le pego a ahí. Claro estos cuentos nos contaba la mamá. Nos encantaba de la vida, escuchando cuentos y vamos hilando no más...." (Adela Aucapán, Bahía Mansa, X Región, 1998).